

EL TOQUE DEL MAESTRO

El toque del maestro es el toque que engrandece la obra, la que hace de ella una obra única e irrepetible. Porque no expresa solamente su idea de pureza espiritual sino también su sensibilidad y sentido común.

El toque del maestro siempre ha estado relacionado con la idea de poder alcanzar la inalcanzable y eternamente ponderada Perfección; ya sea en el plano de una obra material o en el plano del espíritu humano. Pero la diferencia radica en que aquí los occidentales tenemos una visión idealizada de la perfección, que no condice con la que tienen sobre ella los antiguos filósofos orientales. Para nosotros (los neuróticos) la perfección es absoluta, y lleva la idea de algo divino. La perfección debe excluir la imperfección –que surge de nuestra misma condición humana- para que el vacío que hay en ella no nos colme de angustia y desarme la imagen idealizada que tenemos de nosotros mismos. En cambio, lo que los orientales hacen es soportar la falta que produce la inclusión de la imperfección en la perfección.



En nuestra cultura occidental, ese especial toque del maestro, el que lleva a cabo al final de la realización, como un pequeño apóstrofe sobre la obra, es el trazo que se escribe y el trazo que se lee como “el toque final”. Es el trazo maestro, el que construye a la obra como tal. El trazo de la corrección, el detalle que la torna sublime. El trazo ínfimo que le falta a la obra para que ésta alcance su estado más alto de perfección como obra, como obra lograda. Es finalmente el toque que, como una varita mágica, transforma todo lo que toca, especialmente el plomo en oro.

Antiguamente, a una obra terminada, realizada por los discípulos, venía el maestro y le propinaba un pequeño toque con el pincel o con el cincel (según se tratase de una pintura o de una escultura), pues ese insignificante gesto ya era suficiente, no solo para transformar toda la obra con el estilo propio del maestro, sino también para convertirla en una verdadera Obra de Arte.

Ese imperceptible toque de la mano del maestro, esa suave pincelada sobre el lienzo o ese imperceptible golpe sobre el bloque de mármol era el gesto que marcaba toda la diferencia en la obra, convirtiendo a una simple obra en una obra “del maestro”, o sea, en una obra “de arte”. Por ejemplo, en el contexto de la escritura, podríamos equiparar el toque del maestro a la escritura de un apóstrofe, el

acento de una palabra, para ver que la escritura de esa pequeña tilde sobre una palabra escrita es la que funda otro sentido en la misma palabra.

Es como en el caso del bailarín que el maestro de baile le corrige el detalle de imprecisión, por ejemplo, correspondiente a una leve inclinación de la mano o del pie, para que pueda alcanzar así “la postura perfecta”, pues la exactitud de ese detalle -aparentemente insignificante- en la postura corporal (detalle que sólo puede ver o descubrir el avezado ojo del maestro) es la que, al final del camino, hará en la realización de su danza toda la diferencia. La diferencia que existe entre el simple bailarín y el eximio bailarín.

Es como esa minúscula mota de polvo que destruye en la superficie inmaculada el sentido de impecabilidad. Si hay al menos una ínfima partícula que anula la perfección de la idealizada pureza, entonces, ya no hay pureza. La existencia de la mancha (de la mota de polvo) niega la perfección de la pureza. Si hay un punto negro sobre un fondo blanco ya no puede hablarse de algo que es “todo blanco”; del mismo modo que si hay un vestigio de suciedad no puede hablarse de algo que es “todo puro”, porque hay al menos una partícula que niega el sentido absoluto de la pureza, como pureza. La existencia del particular (la mota de polvo) es lo que niega la existencia del universal (la pureza como tal). Por eso decimos que solo de la mano del maestro puede venir la escritura del toque final, y con ella, alcanzar en la imagen idealizada la Ilusión de Perfección. La Ilusión de Completud.

Ahora bien. En Oriente el toque del maestro tenía un sentido diferente –por no decir opuesto- al que encontramos aquí en Occidente. Aquí, como dijimos, se utiliza para alcanzar la idea de perfección (excluyendo la imperfección); pero allí para alcanzar una perfección (que incluye la imperfección).

Como seguramente ya ha descubierto nuestro lector atento, el maestro citado aquí, el maestro que introduce la imperfección en la perfección de la obra, no es otro que el maestro de la vieja doctrina Zen. El maestro de la espontaneidad y la simplificación. El maestro que produce con el mínimo movimiento la máxima transformación. Y por cierto, su filosofía no es aquí muy difícil de entender. Es como se suele decir, que las grandes cosas surgen de la elaboración de las pequeñas cosas. Pues las pequeñas están contenidas en las grandes. En el punto está el universo entero. Porque el punto *es* un universo. Un microcosmos.

Pero la expresión de esa sutil y exquisita marca, como la bella pincelada de un trazo caligráfico sobre un papel de arroz, era principalmente una Enseñanza. Una enseñanza y una forma de mostrar el camino a quienes se hallaban bajo el ala de su tutela discipular. Pero una enseñanza destinada, no solo a transformar el espíritu de la obra, sino también a transformar el espíritu de sus discípulos.

A diferencia de lo que ocurre aquí con la enseñanza y la educación en general, en el lejano Oriente, el maestro Zen rompe los modelos que condicionan al discípulo a ver la vida de una sola manera. Para los orientales, la idea de perfección lleva siempre implícita la imperfección. La idea idealizada que tienen de “pureza” es como ese jardín que el discípulo cuidaba con gran esmero y, un día, tras dejarlo totalmente pulcro, el maestro se acercó y sacudió un árbol del que cayeron algunas hojas, esparciéndose caótica y azarosamente por allí, rompiendo de este modo el apego que tenía el aprendiz a un ideal de perfección. La enseñanza es contundente: los actos del alumno no serán completamente impecables hasta que no haya incluido –en él mismo- esas pequeñas imperfecciones que lo hacen realmente humano.

Es el legendario maestro del budismo Zen el que le da a la obra realizada por el discípulo el misterioso “toque final”, que es lo único que le falta a la obra para que ésta pueda considerarse terminada. Verdaderamente *terminada*. Es como esos monjes del templo que se pasaban años formando con polvillos de colores las intrincadas figuras de un complejo Mandala, hasta que un día, venía el maestro y se acercaba a la obra terminada (que estaba construida sobre un gran pañuelo), y tomando de un extremo de él, lo sacudía fuertemente en el aire, haciendo desaparecer en un instante una labor de años de trabajo. Después de ello, volvía a tender cuidadosamente el paño sobre la mesa, y los monjes, después de saludar y agradecer al maestro con profundas reverencias, volvían a sumergirse en la elaboración de un nuevo mandala.

En este caso, el “toque final” del maestro era el fin definitivo de la obra, es decir, su destrucción total. El maestro no sostenía ningún ideal de realización que no llevara en él el vacío que lo constituye como tal. Por ello dice Lao Tzu, en su propia obra, El Tao Te King:



*“Es el espacio interno lo que le da valor a la vasija;
saca, pues, el barro de su interior.
Son las aberturas las que llenan de luz a la casa;
has, pues, puertas y ventanas a la casa.
Es el vacío del centro lo que hace útil a la rueda;
ponle, entonces, radios a la rueda”.*

Para el viejo maestro Zen el fin de la obra era, realmente, el fin de la obra: su completa desaparición. El toque del maestro no la completaba en una ilusoria imagen de perfección y completud -como sí buscamos hacer aquí nosotros los neuróticos-. Él se encargaba especialmente de destruir la obra que sus discípulos podían tomar ideal de perfección y reverenciar como a un dios. Porque nada hay perfecto en este mundo, repleto de angustiantes imperfecciones, para pretender aspirar a una idea de perfección – que no incluya en sí misma a la misma imperfección que la sostiene-. Por eso, la perfección de una obra, (la perfección concebida como la verdadera perfección), debe ser capaz de soportar en su seno la misma imperfección humana que lleva en su seno su propio creador.

Así de transformador es el gesto del maestro sobre la obra perpetuamente inacabada, que se alza orgullosa y desafiante por sobre ella misma -por sobre su misma imperfección y por sobre la humana imperfección que la creó-, encumbrándose hacia los confines de esa bella y siempre inalcanzable utopía.

Tal vez, por eso, alguna vez dijo Dalí cuando le preguntaron cuál era su contribución al arte, y él respondió: “¡Ninguna!”.

HUGO CUCCARESE